

Cuando me encuentro con el amigo¹

Cuando me encuentro con el amigo
en paro, que pide ayudas aquí y allá,
que ofrece arrugas de llanto y de dolor,
surcos de batallas siempre por ganar...

Cuando el amigo deja entrever
sus penurias cotidianas,
su soledad de pájaro desalado,
su tristeza de flor encadenada,
su desesperada desesperanza,
su muerte en vida...

Entonces, entonces,
el amigo se agiganta,
se alza su mirada
más allá de mi vida y la de todos,
se yergue su cuerpo como
memorial de nuestra miseria -no de la suya-,
dedo acusador,
testimonio de un mar desbordado de cadáveres
putrefactos -los nuestros, no los de “ellos”-.

Entonces, yo me abato
y me entierro con mis manos,
cadáver encenegado,
vergüenza sin remedio,
escombros desangelados,
corazón ajado y desvencijado,
herrumbre, orín, basura, vómito...

Hasta que por fin el amigo ofrece, gratuita,
una mirada luminosa,
una mano salvadora,
un gesto redentor.
Resucita así el aleteo de la flor,
y refresca nuestra pétrea sequedad,
desierto abrasado por todos los pobres de la tierra.

¹Este texto fue publicado originalmente en el blog [Abrentes](http://abrentes.com), 1 de marzo, 2018. Esta obra está sujeta a la licencia Reconocimiento-CompartirIgual 4.0 Internacional de Creative Commons. Para ver una copia de esta licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-sa/4.0/>.



Cando me atopo co amigo
en paro, que pide axudas aquí e alá,
que ofrece engurras de pranto e de dor,
sucos de batallas sempre por gañar...

Cando o amigo deixa entrever
as súas penurias cotiás,
a súa soidade de paxaro desalado,
a súa tristura de flor encadeada,
a súa desesperada desesperanza,
a súa morte en vida...

Entón, entón, o amigo axigántase,
alza a súa mirada
máis aló da miña vida e a de todos,
érguese o seu corpo como
memorial da nosa miseria -non da súa-,
dedo acusador,
testemuña dun mar desbordado de cadáveres
putrefactos -os nosos, non os “deles”-.

Entón, eu abátome
e entérrome coas miñas mans,
cadáver enlamado,
vergoña sen remedio,
cascallo desgraciado,
corazón murcho e desvencellado,
ferruxe, corrosión, lixo, vómito...

Ata que por fin o amigo ofrece, gratuíta,
unha mirada luminosa,
unha man salvadora,
un xesto redentor.
Resucita así o voo da flor,
e refresca a nosa pétrea seca,
deserto abrasado por todos os pobres da terra.